

Escribe: Pablo Ney Ferreira

David Rockefeller : hacia un capitalismo solidario



El pasado domingo leyendo un suplemento de un periódico argentino me encuentro en grandes titulares, con un nombre ya mítico en el arduo y difícil terreno de los negocios: David Rockefeller.

Ultimamente lo único que sabía de este viejo empresario (no soy adicto a las lecturas de economía, salvo por obligación), se reducía a noticias referidas a las actividades de la Fundación internacional que lleva su nombre y de la ya célebre Universidad de Chicago (hogar de nacimiento y formación de los «Chicago boys», difusores de un monetarismo a ultranza), de donde salieron cinco de los seis últimos premios Nobel de economía.

Esta fundación se dedica principalmente a financiar becas universitarias o investigaciones, principalmente en el área de promoción de políticas para el desarrollo, arte, humanidades, iniciativas para el tercer mundo etc., ayudando a infinidad de estudiantes y docentes en sus estudios.

Viejo «amigo» de la izquierda latinoamericana, David Rockefeller es aún hoy uno de los más prósperos empresarios del mundo, y poseedor de un verdadero imperio económico.

En una conferencia dictada en el Club Económico de Nueva York, Rockefeller sorprendió a más de uno con una suerte de nueva «doctrina social», en un análisis que incluye todos los fenómenos que han sacudido al capitalismo finisecular.

Los albores del sistema capitalista fueron muy duros. Pese a aumentar rápidamente la producción de la economía europea, el capitalismo no tardó tampoco en ganarse enemigos poderosos que influyeron en su desarrollo posterior. Los sindicatos obreros, junto a numerosas corrientes de izquierda reaccionaron frente a lo que se llamó «la cuestión social». Este problema refería concretamente a las condiciones de trabajo en que se encontraba la mano de obra que participaba de los procesos de producción.

Enfrentados a esta cuestión social los gobiernos tenían básicamente dos formas de reaccionar: 1. considerándola una «cuestión policial» y mandando reprimir a los revoltosos. 2. con lo que se llamó el «Estado de Bienestar».

El Estado de bienestar tiene uno de sus mejores y más tempranos exponentes en el estado uruguayo, al cual todos más o menos conocemos.

Esta es la fórmula con la que los capitalismos occidentales enfrentaron (al menos en su mayoría) los problemas y las desigualdades que provocaba un sistema económico capitalista en funcionamiento imperfecto.

Pero durante los años setenta y ochenta la estructura de los estados de bienestar occidentales se derrumbó. Décadas de keynesianismo agotaron el modelo intervencionista, y toda su vasta red de aparatos estatales de previsión y de amortiguación de costos sociales se vieron reducidos al mínimo posible.

Nuevamente el capitalismo se encuentra en otra situación similar a la de la incorporación del maquinismo, porque las consecuencias de la reconversión tecnológica, afectan a la sociedad en su conjunto creando numerosas disfunciones que

dañan al funcionamiento de su sistema político y de su propia estructura económica.

Hay algunos fenómenos claves por los que este fin de siglo va a ser recordado en la historia, entre ellos sin duda se encuentran la democratización masiva de gran parte del orbe, la globalización de la economía capitalista y la ya mencionada reestructuración capitalista. Todos estos fenómenos interactúan entre sí, y ninguno puede ser entendido sin una previa explicación del otro. Por ejemplo: las oleadas de desempleados que se han producido como causa de la incorporación de nuevas tecnologías van a influir en el funcionamiento del sistema democrático y en la plataforma de los partidos políticos. Esto a su vez va a influir en la discusión acerca del tipo de estado que se va a necesitar para la coyuntura e incluso si se quiere hasta en los hábitos familiares, donde el desempleo se siente con más dolor.

De todas estas cosas es que David Rockefeller habla al mundo desde Nueva York. Pero veamos entonces qué nos dice este experimentado empresario.

Dice Rockefeller que la revolución democrática y la reducción de los aparatos estatales ha traído consigo un énfasis en el papel del individuo y de las instituciones privadas por encima del estado, y con esto ha posibilitado un mayor desempeño del empresario en el ámbito de lo público.

Los procesos de privatización de lo público, de desregulación de los mercados, y de transferencia tecnología han traído como resultado que las empresas maximicen sus ganancias aumentando simultánea y brutalmente el desempleo. Esto trae una situación social muy peligrosa ya que los empresarios corren el riesgo de que los obreros los identifiquen nuevamente como «el enemigo» y «el explotador», repitiéndose las condiciones para una posible lucha de clases salvaje. Los avances de los datos macroeconómicos no acompañan un adelanto en el bienestar de la gente ni en el empleo, ya que la inversión no produce empleo debido a los avances tecnológicos.

Cito aquí al periódico argentino y por consiguiente al propio Rockefeller: «Déjame aclarar que, como graduado en Economía en la Universidad de Chicago, yo defiendo la importancia de las ganancias. Pero siendo tan esenciales como son, las utilidades no son -y nunca deben ser- la única motivación de los líderes empresariales. Y cuando leo sobre altos ejecutivos que no plantean sus problemas de personal con humanidad y sensiblemente sino con mazos y sierras eléctricas, me temo que hemos perdido la visión de otras responsabilidades - igualmente importantes - que nuestras empresas deben asumir. Los líderes empresariales deben tomar decisiones que afecten positivamente no sólo sus balances y estados financieros, sino también las necesidades de sus trabajadores y de la comunidad».

La pregunta para Rockefeller es la siguiente ¿que pueden hacer los líderes de los negocios para abordar creativamente las necesidades sociales y, de paso, mejorar la imagen actual de las empresas?

Es cierto que mediante el sistema impositivo el estado realiza una tarea redistributiva de las ganancias. Pero esto no alcanza

para lograr una situación equitativa e igualitaria que siempre depende de los fundamentos morales o de nuestras concepciones de justicia. Si somos partidarios de algún tipo de justicia distributiva entonces trataremos de hacer algo. Si por el contrario creemos en la completa e irremediable redistribución de los bienes por parte del mercado junto a Nozick, Buchanan, Hayek o Friedman, entonces no haremos nada y dejaremos a la «mano invisible» lo más libre posible.

Ahora, no creo que el filantropismo sea el medio. Creo que los impulsos individuales sin algún tipo de coordinación serían tan ineficientes como la acción estatal. Lo que sí podría configurar una alternativa interesante sería la suma de capitales privados y públicos aunando esfuerzos en programas comunes que busquen maximizar en lo posible los efectos sociales.

Ahora ¿cómo convencer a los empresarios de la necesidad de esto?. Cuatro de los empresarios más importantes de Argentina a menos no se opusieron (ver La Nación 11/5/97) lo que no es poco.

El Doctor Mariano Grondona comentando la doctrina social de Rockefeller habla de que esa era la idea original del liberalismo clásico, pero agrega una suerte de ética religiosa que poseían los autores liberales clásicos que sería proclive a esta suerte de opciones altruistas. No creo que esto sea necesario, no tenga la menos sospecha acerca de la fe que iluminaba a los primeros capitalistas, ni tampoco de la de numerosos empresarios que hacen del utilitarismo su principio y fin en la acción empresarial. No es un problema de fe, es un problema de razón. La razón es lo que ilumina al hombre en la vida cotidiana y es lo que le permite distinguir entre cuestiones de la fe y cuestiones de la razón.

En el caso del sistema capitalista, los empresarios deberían entender con argumento racionales que para maximizar sus ganancias deberían crear condiciones sociales y políticas que los favorecieran, tratar por todos los medios (aún a costo de sus ganancias en el corto plazo) de mantener un mercado tranquilo y un ejército de obreros en las mejores condiciones posibles de vida, para así estar en condiciones de aumentar sus propias ganancias y las del conjunto social que los incluye.

La idea es pensar más en el largo plazo con una vocación social y no en la ganancia cortoplacista. No lo digo yo, lo dice Rockefeller.